



CAPÍTULO VI.

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

L cual¹ aun todavía dormía. Pidió² las llaves á la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados y otros pequeños; y así como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: —Tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de las que les queremos dar, echándolos del mundo.—Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.—No, dijo la sobrina, no hay para que perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarles fuego; y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.—Lo mesmo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes. Mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que Maese Nicolas le dió en las manos, fué los cuatro de *Amadis de Gaula*. Y dijo el cura:—Parece cosa de misterio esta, porque segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste; y así me parece que como á dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fue-

¹ Este relativo se refiere á Don Quijote, que es la última palabra del capítulo antecedente, porque se supone continuado el hilo del discurso sin la interrupcion del epígrafe, como se dijo.

² El supuesto de este verbo es el cura que se nombra en el epígrafe del capítulo.

go.—No señor, dijo el barbero, que tambien he oido decir que es el mejor de todos los libros que deste género se han compuesto; y así como á único en su arte se debe perdonar.—Así es verdad, dijo el cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora.—Veamos esotro que está junto á él.—Es, dijo el barbero, *Las Sergas de Esplandian*¹ hijo legítimo de Amadis de Gaula.—Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora ama, abrid esa ventana, y echalde al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer.—Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.—Adelante, dijo el cura.—Este que viene, dijo el barbero, es *Amadis de Grecia*; y aun todos los de este lado, á lo que creo, son del mesmo linage de Amadis.—Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquiniestra², y al pastor Darinel y á sus Églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.—De ese parecer soy yo, dijo el barbero.—Y aun yo, añadió la sobrina.—Pues así es, dijo el ama, vengán, y al corral con ellos.—Diéronselos (que eran muchos), y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo.—¿Quién es ese tonel? dijo el cura.—Este es, respondió el barbero, *Don Olivante de Laura*.—El autor dese libro, dijo el cura, fué el mesmo que compuso á *Jardín de Flores*; y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es mas verdadero, ó por decir mejor, menos mentiroso: solo sé decir que este irá al corral por disparatado y arrogante.—Este que se sigue, es *Florismarte de Hircania*, dijo el barbero.—¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el cura; pues á fe que ha de parar presto en el corral á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo. Al corral con él, y con esotro, señora ama.—Qué me place, señor mio, respondia ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.—Este es *El caballero Platir*, dijo el barbero.—Antiguo libro es ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe á los demas sin réplica; y así fué hecho.—Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título: *El caballero de la Cruz*. Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se sue-

¹ "Que tanto quieren decir como las proezas de Esplandian."
² Giganta de espantosa y ridícula figura.

le decir, tras la cruz está el diablo: vaya al fuego.—Tomando el barbero otro libro, dijo: Este es *Espejo de caballerias*.—Ya conozco á su merced, dijo el cura: ahí anda el señor Reinaldos de Montalvan con sus amigos y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpin; y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejó su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto, al cual, si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.—Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero, mas no le entiendo.—Ni aun fuera bien que vos le entendiéades, respondió el cura; y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído á España, y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamas llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando á un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*, que estos en llegando á mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna.—Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era *Palmerin de Oliva*, y junto á él estaba otro, que se llamaba *Palmerin de Ingalaterra*. Lo cual visto por el licenciado, dijo:—Esa Oliva se haga luego rajás y se queme, que aun no queden della las cenizas; y esa palma de Ingalaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonisimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues, salvo vuestro buen

parecer, señor Maese Nicolas, que esté y *Amadis de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demas, sin hacer más cala y cata, perezcan.—No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aquí tengo, es el afamado *Don Belianis*.—Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo, para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo cual se les da término ultramarino¹, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejéis leer á ninguno.—Qué me place, respondió el barbero.—Y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes, y diese con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenia mas gana de quemallos que de echar una tela por grande y delgada que fuera; y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los piés del barbero, que le tomó gana de ver de quien era, y vió que decia *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*.—Válame Dios, dijo el cura, dando una gran voz: ¡que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento, y una mina de pasatiempos: aquí está Don Kirieleison de Montalvan, valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montalvan, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante² hizo con el Alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida³, con los amores y embustes de la viuda Reposada⁴, y la señora emperatriz, enamorada de Hipólito su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros deste genero carecen. Con todo eso os digo que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos

¹ Llámase así el que se concede para la prueba, proporcionado á la distancia donde se ha de hacer, á diferencia del de ochenta dias. (*Diccionario de la lengua*.)

² En las primeras ediciones, y en todas las demas se leía el valiente *Detriante*: errata de imprenta manifiesta, procedida de haber traspuesto la *i* en la palabra *Tirante*, incorporando con ella el artículo *de*. Con efecto, en el c. 59 del lib. III se habla de la batalla que el valiente de *Tirante* tuvo con uno de los alanos del príncipe. Esta corrección se debe á Don Juan Bowle. (Anotaciones á Don Quijote: p. 30.)

³ Era doncella de la princesa Carmesina, pretendida por Tirante.

⁴ Era dueña de la misma princesa, á quien habia criado.

los dias de su vida: llevalde á casa y leelde, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.—Así será, respondió el barbero. Pero ¿qué harémos destos pequeños libros que quedan?—Estos, dijo el cura, no deben de ser de caballerías, sino de poesía; y abriendo uno, vió que era *La Diana* de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demas eran del mismo género): estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entendimiento¹ sin perjuicio de tercero.—¡Ay señor, dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demas; porque no sería mucho, que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que seria peor, hacerse poeta, que segun dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.—Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion delante: y pues comenzamos por la *Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros.—Este que se sigue, dijo el barbero, es *La Diana*, llamada *Segunda* del Salmantino, y este otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo.—Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo: y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa, que se va haciendo tarde.—Este libro es, dijo el barbero abriendo otro, *Los diez libros de Fortuna de Amor*, compuestos por Antonio de lo Frasso, poeta sardo.—Por las órdenes que recibí, dijo el cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las Musas Musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el mas único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo; y el que no le ha leído, puede hacer cuenta que no ha leído jamas cosa de gusto: dádmele acá, compadre, que precio mas haberle hallado, que si me dieran

¹ Así en las primeras ediciones; pero debe reputarse por yero de imprenta, en lugar de *libros de entretenimiento*. Lo primero, porque si fueran escritos con *entendimiento*, no arrojará Cervantes algunos de ellos al corral. Lo segundo, porque la espresion de *libros de entretenimiento* es la comun, la consagrada y usada por Cervantes y demas autores que escribian con propiedad, para significar estos libros de invencion, que son de los que se trata aquí, como se pudiera probar con muchas autoridades.

una sotana de raja de Florencia.—Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo: estos que se siguen son: *El Pastor de Iberia, Ninfas de Henares, y Desengaño de zelos.*—Pues no hay mas que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que seria nunca acabar.—Este que viene es *El Pastor de Filida.*—No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano: guárdese como joya preciosa.—Este grande que aquí viene, se intitula, dijo el barbero, *Tesoro de varias poesías.*—Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran mas estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroicas y levantadas obras que ha escrito.—Este es, siguió el barbero, *El Cancionero* de Lopez Maldonado.—Tambien el autor de este libro, replicó el cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo largo es en las églogas; pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. Pero ¿qué libro es ese que está junto á él?—*La Galatea* de Miguel Cervantes, dijo el barbero.—Muchos años ha que es grande amigo mio ese Cervantes, y sé que es mas versado en desdichas, que en versos: su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la Segunda Parte que promete, quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entre tanto que esto se ve, tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre.—Qué me place, respondió el barbero, y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana* de Don Alonso de Ercilla: *La Austriada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba; y *El Monserrate* de Cristóbal de Virues, poeta valenciano.—Todos esos tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia: guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España.—Cansóse el cura de ver mas libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demas se quemasen. Pero ya tenia abierto uno el barbero, que se llamaba *Las Lágrimas de Angélica.*—Lloráralas yo, dijo el cura, en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.



CAPÍTULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha.

ESTANDO en esto, comenzó á dar voces Don Quijote, diciendo: Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban; y así se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oídos, *La Carolea* y *Leon de España*, con los *Hechos del Emperador*, compuestos por D. Luis de Avila¹, que sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron á Don Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho; y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura, le dijo:—Por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin mas ni mas llevar la vitoria deste torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes.—Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura: que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atien-

¹ Así dicen las ediciones originales y todas las demas; pero esta es una errata de imprenta, ó un descuido del autor, que desdice de su buen juicio. Del escrutinio de los libros de caballerías, pasó el cura, como se ha visto, al de los de poesia, y estos son los últimos poemas que censura; por lo cual el de los *Hechos del Emperador* no puede ser de D. Luis de Avila por tres razones. Primera: porque este solo escribió un hecho no mas, que fué el de la *Guerra de Alemania*, ó paso del Elba. Segunda: porque no le escribió en verso, sino en prosa. Tercera: porque esta es una de las mejores historias que hay en castellano, así por su fidelidad, como por su elegancia: y si el cura, ó Cervantes, que es lo mismo, la hubiera arrojado al fuego en caso de duda, hubiera desacreditado su gran juicio, y hecho conocido agravio al historiador.

da vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasadamente cansado, si ya no es que está mal ferido.—Ferido no, dijo Don Quijote; pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de Don Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaria yo Reinaldos de Montalvan, si en levantándome deste lecho, no me lo pagare á pesar de todos sus encantamientos: y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo. = Hiciéronlo así, diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador, y así se cumplió el refran en ellos de que: Pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo, fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase: quizá quitando la causa, cesaria el efeto, y que dijese que un encantador se los habia llevado, y el aposento y todo, y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó Don Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le habia dejado, andaba de una en otra parte buscándole: llegaba adonde solia tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvia los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza, preguntó á su ama que ácia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo:—¿Qué aposento ó qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mesmo diablo.—No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche despues del dia que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo, y cuando acordamos á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; solo se nos acuerda muy bien á mí y al ama, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria: dijo

tambien que se llamaba el sabio Muñaton.—Freston¹ diria, dijo Don Quijote.—No sé, respondió el ama, si se llamaba Freston ó Friton, solo sé que acabó en *ton* su nombre.—Así es, dijo Don Quijote, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede: y mándole yo, que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.—Quién duda de eso, dijo la sobrina. Pero ¿quién le mete á vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?—¿O sobrina mia, respondió Don Quijote, y cuán mal que estás en la cuenta! Primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. = No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendia la cólera. Es pues el caso, que él estuvo quince dias en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los cuales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que él decia que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo, era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque si no guardaba este artificio, no habia poder averiguarse con él.

En este tiempo solicitó Don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salir con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas Don Quijote, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podria suceder aventura que ganase en quitame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, SANCHO PANZA (que así se llamaba el labrador) dejó su muger y hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego Don Quijote orden en buscar dineros; y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razona-

¹ Acaso en el original de Cervantes se leeria *Friston*, como se dice en el libro de Belianis escrito por el sabio *Friston*.

ble cantidad. Acomodóse asimesmo de una rodela, que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que mas le era menester: sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaria, y que ansimesmo pensaba llevar un asno que tenia muy bueno, porque él no estaba duecho á andar mucho á pié. En lo del asno reparó un poco Don Quijote, imaginando si se le acordaba si algun caballero andante habia traído escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria: mas con todo esto determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortes caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le habia dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y muger, ni Don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese, en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le habia prometido. Acertó Don Quijote á tomar la mesma derrota y camino que el que él habia antes tomado en su primer viage, que fué por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana, y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza á su amo:—Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea.—A lo cual respondió Don Quijote: Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer gobernadores á sus escuderos de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; antes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algun título de conde, ó por lo menos de marques de algun valle ó provincia de poco mas ó menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que antes de seis días ganase yo tal reino que tuviese otros á él adherentes, que vi-

niesen de molde para coronarte por rey de uno dellos: y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo.—Desa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutierrez¹ mi oislo² vendria á ser reina, y mis hijos infantiles.—Pues ¿quién lo duda? respondió Don Quijote.—Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutierrez: sepa, señor, que no vale dos maravedis para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.—Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió Don Quijote, que él le dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con menos que con ser Adelantado.—No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.



¹ Esta muger de Sancho se llama, como se ve pocas líneas despues, Mari Gutierrez. Al fin de la Parte I se advierte que se llamaba Juana Panza, por la costumbre de tomar en la Mancha las mugeres el apellido de sus maridos. En la Parte II se llama Teresa Panza, y en el cap. V se dice que si no fuera por esa costumbre, se habia de llamar Teresa Cascajo, por haberse llamado Cascajo su padre. Vese claro que en esta variedad le flaqueó la memoria á nuestro autor.

² Palabra sustantivada, compuesta del verbo *oir* y del artículo *lo*, la cual supone por el marido ó la muger ausente. En este mismo sentido la usó el mismo Cervantes (P. II. c. III), y un romance al sentimiento de una viuda que lloraba la falta de su mal logrado, dice:

“Acuérdase de su oislo,
Mirando la pobre casa &c.”

(Biblioteca real: Parnaso español, est. M. Cod. 4, p. 199.)